

Introducción

Pensar la Guerra Fría en América Latina

ALEJANDRO SCHNEIDER Y MATÍAS OBERLIN MOLINA

¿Por qué hablar de Guerra Fría en América Latina a más de tres décadas de finalizado el conflicto? ¿Qué podemos extraer de un mundo bipolar para un presente multipolar?

En el último lustro acudimos a un escenario en el que las derechas a nivel continental han protagonizado procesos políticos, económicos, culturales y sociales. Pero sobre todo han rearticulado un discurso que se caracteriza por la definición de una otredad en torno a un antiguo enemigo en común: el comunismo. Enunciación que en estos días, además, vuelve a cobrar fuerza cuando se producen enormes movilizaciones y paros de trabajadores, campesinos, mujeres, jóvenes e indígenas en Colombia. A la par que se votan nuevos representantes constituyentes en Chile, la mayoría de ellos de izquierda, para cambiar su carta magna, pensada por una dictadura que justificó su accionar bajo los parámetros ideológicos de la Guerra Fría. En ese sentido, un viejo pero no extinguido fantasma vuelve a recorrer el continente; de ahí que el presente libro busque repensar y reflexionar sobre una serie de cuestiones en un período que merece ser revisitado.

I

En términos generales se acepta que el período se inició con el discurso que el presidente norteamericano Harry

S. Truman dio ante la Cámara de Representantes cuando anunció el compromiso de Washington de erigirse en defensor del “mundo libre” frente a las tendencias expansionistas de la Unión Soviética en marzo de 1947.

En este sentido, si bien el escritor británico George Orwell (2013) pensó este término para ilustrar el nuevo orden mundial surgido tras la finalización de la Segunda Guerra Mundial en el escenario europeo, cabe subrayar que el continente latinoamericano no fue simplemente un actor de reparto. De ahí que compartamos la afirmación efectuada por Richard Saull (2004: 33), quien observó que “después de la Segunda Guerra Mundial el centro de la crisis se trasladó de Europa al sur global”.

Así, en América Latina, el argumento de la difusión del comunismo sirvió para que la diplomacia de Estados Unidos reforzara su presencia en el continente por medio del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), el Tratado Americano de Soluciones Pacíficas y la conformación de la Organización de Estados Americanos (OEA) entre 1947 y 1948. Aunque, cuando los diálogos entre los diplomáticos y los encargados de negocios no alcanzaron, también se optó por la menos sutil intervención militar y/o el empleo de diversas agencias gubernamentales de la Casa Blanca. En otras palabras, el objetivo era mantener el alineamiento de los países situados al sur del río Bravo a través del uso de distintos instrumentos ideológicos, políticos, económicos, sociales y culturales.

A partir de entonces, la cruzada antisoviética se expresó en el giro político autoritario y represivo de varios gobiernos del continente: Gabriel González Videla (Chile), Manuel Odría (Perú), Alfredo Stroessner (Paraguay), Marcos Pérez Jiménez (Venezuela), Mariano Ospina Pérez (Colombia) y Fulgencio Batista (Cuba), entre otros. Como consecuencia de ello, en algunos casos, los partidos comunistas perdieron su legalidad y sus militantes fueron proscritos, perseguidos, encarcelados y torturados. Más aún, si en 1946 Moscú mantenía relaciones diplomáticas con

quince naciones de la región a mediados de los cincuenta, estos vínculos se redujeron a tres (Smith, 2010).

En ese escenario, el acontecimiento que significó una bisagra de los nuevos tiempos en el continente fue el golpe de Estado contra Jacobo Árbenz en junio de 1954 en Guatemala. Desde ese momento, con el trasfondo de la Guerra Fría en el horizonte, cualquier postulado reformista nacionalista era sospechado y juzgado como comunista; sobre todo, cuando se ponía en discusión la propiedad de la tierra y de los bienes del subsuelo. En idéntico sentido, a partir de esa interrupción constitucional, Estados Unidos, junto con la colaboración de diferentes grupos sectoriales y con fracciones de clases dominantes locales excluidas, empleó de manera sistemática diversas tácticas para desestabilizar política y económicamente gobiernos elegidos de forma democrática.

Sin embargo, el hecho más importante que condujo, en opinión de Saull (2004), a posicionar a América Latina en el centro de la Guerra Fría fue la Revolución cubana de 1959, impacto que no se detuvo en este continente, sino que también influyó en distintos movimientos de liberación nacional de Asia y África.

A pesar de que este acontecimiento se produjo por fuera y, en cierto sentido, contrario a la voluntad de la Unión Soviética, sus consecuencias se hicieron sentir tanto en el campo de las izquierdas como en el de las derechas. Desde entonces se abrió un ciclo histórico caracterizado por su alto nivel de conflictividad en todos los órdenes políticos e institucionales.

La oleada revolucionaria que se irradió desde La Habana hacia el resto de la región, con la aparición de numerosas vanguardias armadas, hizo que Washington redefiniera y ajustara la estrategia intervencionista en este lado del orbe. Más allá de que en la mayoría de los casos los partidos comunistas del continente adhirieron a la postura de Moscú de completar la revolución burguesa (sin saltar las etapas) y alcanzar el poder a través de la vía pacífica empleando la

participación electoral, el temor a cualquier impugnación del *statu quo* condujo a abroquelar a las fuerzas conservadoras y pronorteamericanas en su afán de defender el estilo de vida alcanzado.

Tanto la vía empleada por los cubanos para alcanzar el poder como la alternativa política, económica y social que impulsaban debía ser rápidamente contrarrestada por Estados Unidos. De ahí que, en esa coyuntura, la Casa Blanca ideó dos herramientas centrales y complementarias para disciplinar su presencia en el continente: la doctrina de la seguridad nacional y la Alianza para el Progreso.

Desde entonces, ambos dispositivos estuvieron signando la agenda cotidiana de los presidentes latinoamericanos. Tanto el envío de efectivos militares de la región a las escuelas de inteligencia y adoctrinamiento de Estados Unidos como el asesoramiento en materia política –junto con los préstamos monetarios otorgados por diferentes órganos financieros– fueron elementos distintivos de esos años. Sin importar que fuesen elegidos por el voto popular o fuesen producto de interrupciones castrenses, los gobiernos de la región diseñaron su labor doméstica al calor de estos preceptos. Las administraciones gubernamentales analizadas en algunos artículos del presente libro ilustran de forma contundente la puesta en marcha de estas iniciativas políticas emanadas desde las grises oficinas del Distrito de Columbia.

II

Antes de empezar a comentar el contenido de este libro, quisiéramos hacer una breve reflexión historiográfica sobre la Guerra Fría. Así, en materia de producción académica, si bien en América Latina se había gestado una vasta bibliografía sobre los casos nacionales durante el mencionado período, aún hasta fines del siglo pasado existía un amplio

vacío historiográfico entre las investigaciones locales y los estudios más globales que habían sido llevados a cabo en Estados Unidos.

En cierta medida, esta ausencia se debió a que los escritos elaborados al calor del conflicto –entre las décadas de los cincuenta y comienzos de los noventa– giraron en torno a las grandes potencias de esos años. De acuerdo con Vanni Pettinà (2018: 19), estos ensayos se pueden clasificar en tres grandes corrientes: ortodoxa, revisionista y posrevisionista. El investigador italiano distinguió estas vertientes según el criterio de considerar a qué país se le adjudicaba la responsabilidad de iniciar la Guerra Fría. De ese modo, para la primera de ellas, el origen de los enfrentamientos se debió a la política expansionista del comunismo impulsada por la Unión Soviética. Por el contrario, los estudios revisionistas consideraron el origen de esta “en la agresividad de las políticas neoimperiales estadounidenses”, las cuales “suscitaban las suspicacias” de Iósif Stalin. Por último, la tercera corriente historiográfica intentó “ofrecer una síntesis más equilibrada del conflicto” al analizar el comportamiento de ambos contendientes.

Ahora bien, este hiato historiográfico se fue ampliando a fines de los años ochenta porque el giro lingüístico y cultural puso en jaque el enfoque clásico comparativo, el cual, según Weinstein (2013: 6), “dependía de una homogeneización de la nación para facilitar la comparación”, lo que llevaba a que los casos comparados tuvieran que ser “congelados” en un “cierto momento” determinado.

Sin embargo, la caída del muro de Berlín y los acontecimientos que derivaron de ese suceso político de alcance internacional permitieron abrir un nuevo horizonte en materia historiográfica. De ese modo, emergieron un conjunto de investigaciones que buscaron dar cuenta de problemas, percepciones y procesos que trascendieron la mirada historiográfica de las dos potencias centrales, a través de novedosas estrategias de acercamiento a esas décadas. A grandes rasgos, a esa serie de pesquisas se las podría

caratular como el nacimiento de una “nueva historia de la Guerra Fría” (Pettinà, 2018: 20). Cabe observar que uno de los elementos claves que contribuyó a esos abordajes fue la apertura de reservorios documentales inéditos, así como también la desclasificación de archivos, ya fuese en la ex Unión Soviética como en otros países.

Una de las primeras respuestas en ese camino fue el nacimiento de la denominada “historia global”, que, si bien surge en Estados Unidos y en Europa, posteriormente comenzó a desembarcar en la historiografía latinoamericana (Marchesi, 2017: 189). Aunque la historia global intentó profundizar en los procesos históricos trascendiendo la dicotomía entre externo e interno, su enfoque estuvo en gran medida puesto en la acción imperial. Sumado a eso, es necesario subrayar que la realización de investigaciones de historia global se convierte en una empresa sumamente costosa, por lo que no se han realizado estudios de ese tipo en forma sistemática desde América Latina (Marchesi, 2017).

Ligado a estas cuestiones, desde fines del siglo XX, comenzó a desarrollarse toda una serie de literatura estadounidense respecto a “zonas de contacto”, espacios no necesariamente determinados por los Estados, donde circularon ideas, armas, personas y que hicieron posible la existencia de prácticas y discursos similares. Si bien esos intercambios habían sido destacados por diversos estudiosos, aún eran explicados en términos nacionales. De acuerdo con Aldo Marchesi (2017), esta inclinación por analizar desde una perspectiva nacional se convirtió en una de las mayores dificultades para el examen de la Guerra Fría en América Latina. Retomando el desarrollo de las zonas de contacto, como principio de solución a esta dificultad del desarrollo historiográfico (y al calor del declive de los estudios comparativos) surgió la perspectiva transnacional, el cual fue pensado para “mostrar la alta permeabilidad de las fronteras” junto con “la intensa circulación de cuerpos, ideas y objetos de consumo”, donde se cuestiona “la

viabilidad de la comparación, especialmente entre naciones (Weinstein, 2013: 7).

En otros términos, el enfoque transnacional, por lo tanto, surgió como un abordaje que complejiza y “que puede ser aplicado a una amplia gama de asuntos” (Weinstein, 2013: 13). En cierta forma, también, los estudios latinoamericanos se enriquecen con la propuesta que nos sugiere Akira Iriye (2013) sobre el empleo del transnacionalismo al permitirnos pensar relaciones sociales que cruzan fronteras, redes y flujos de personas, diásporas, reproducción de procesos culturales a escala regional, reconfiguración y expansión del capital a nivel mundial y movimientos sociales que articulan lo local y lo global. En ese contexto, una de las principales obras que orientó a diversos estudios en el tema fue la investigación *The Global Cold War* (2007), de Odd Arne Westad; en ella, se procuró “incluir al Tercer Mundo, por primera vez, como objeto de estudio central para adquirir una comprensión completa del período y sus problemas” (Pettinà, 2018: 21).

En forma simultánea, desde América Latina, un conjunto de investigaciones desde fines del siglo XX y comienzos del presente buscaron subrayar el protagonismo de los países de la región durante el conflicto (por su capacidad de desarrollar una agenda política autónoma de las potencias), por ejemplo, la obra de Kyle Longley (1997) sobre José Figueres en Costa Rica, la de Piero Gleijeses (2002) sobre las misiones cubanas en África o la de Ariel Armony (1999) sobre la presencia militar argentina en Centroamérica, solo por citar algunos ejemplos. Dentro de esta producción, no menos importante, se encuentra un libro coordinado por Daniela Spencer (2004) en donde se analiza la Guerra Fría en América Central, el Caribe y México. Por otro lado, como parte de la historiografía reciente se halla un escrito de Tanya Harmer (2013) que emplea un enfoque metodológico innovador al pensar los enfrentamientos desde una mirada multidimensional y descentralizada. Por último, una aproximación a lo que se intenta hacer en este libro

se encuentra en una obra publicada por Cambridge University Press de May, Schneider y González (2018) sobre los movimientos armados en Centroamérica y el Caribe durante esos años. En resumen, iniciada la tercera década del siglo XXI, los estudios sobre la Guerra Fría en América Latina se presentan como un terreno fértil para el desarrollo de los científicos sociales.

III

Sobre la base de lo mencionado con anterioridad, nuestro libro se presenta con la intención de tomar algunas de esas ideas y temas. A pesar de las dificultades que este tipo de pesquisa conlleva, como argumenta Marchesi (2017), estos artículos son el resultado no solo de una exhaustiva lectura bibliográfica sino que también son fruto del empleo de nuevas fuentes primarias, tanto provenientes del país como del exterior. Así, el equipo de investigación se ha encontrado trabajando en repositorios y archivos tanto en Argentina como en Brasil, El Salvador, Estados Unidos, Guatemala, México, Perú, Puerto Rico y Uruguay.

La región fue pródiga en desarrollos organizativos, conceptuales y teóricos en los años que duró el conflicto bipolar, lo que pone de manifiesto que el sur global fue un protagonista ineludible del período: la guerrilla urbana y rural, la reforma agraria integral, el desarrollismo y la teoría de la dependencia son algunos de esos ejemplos.

Al igual que en los anteriores libros publicados, en el marco de los pasados proyectos UBACyT, el presente escrito se fundamenta sobre la base de un conjunto de artículos que, a pesar de las distintas estrategias metodológicas empleadas, objetos analizados, escalas y problemas abordados, permiten de manera conjunta discutir un momento candente en la historia del continente. De este modo, se apunta a comprender la Guerra Fría a partir de una serie

de aportes específicos, rescatando sobre todo los aportes historiográficos brindados por la historia global.

Los cambios domésticos e internacionales que provocó el advenimiento de la Guerra Fría no se produjeron en forma inmediata, sino que estos fueron un proceso lento, por medio de distintas tensiones internas en el ámbito político. El caso analizado por Hernán Bransboin en el seno del Partido de la Revolución Institucional en la década del cincuenta fue un claro indicador de esas pujas vibrantes en el escenario mexicano. En particular, analiza cómo el expresidente Lázaro Cárdenas intervino defendiendo a los sectores progresistas de ese partido bajo el gobierno de Miguel Alemán (1946-1952). Para eso, el autor examina esos debates y definiciones en un período que se caracterizó por la construcción y consolidación del sistema político priísta, tanto en un sentido instrumental como en sus definiciones ideológicas.

En el segundo artículo, las lecciones que deja la Revolución mexicana aparecen nuevamente en escena a partir del análisis que efectúa Matías Oberlin Molina cuando se detiene a estudiar el impacto de su reforma agraria para otros procesos históricos de América Latina. Si bien aclara que es una labor titánica buscar historizar todos los movimientos agrarios que se produjeron en el continente en el siglo XX, el autor brinda una serie de claves, indicios y pistas para intentar comprender cómo la noción de reforma agraria sufrió distintas transformaciones en las décadas del cincuenta y sesenta al calor de la Guerra Fría. En esa coyuntura, Oberlin Molina explica cómo, promovido por los organismos internacionales, emergió la idea de *reforma agraria integral*, la cual no solo implicaba una redistribución de tierras sino que extendía ese concepto a la política de otorgamiento de créditos, asistencia técnica y acceso a circuitos de comercialización y distribución de los productos, al tiempo que establecía nuevos márgenes a la discusión, alejando la reforma agraria tanto del proceso cubano como del mexicano.

La importancia del reparto agrario instrumentado desde los gobiernos durante esos años de tensión entre las potencias ha sido también tema de incursión de Ariel Salcito en Perú durante la presidencia de Juan Velasco Alvarado (1968-1975). Aunque el tema de la política doméstica peruana para con el sector rural ha sido abordado a través de una amplia bibliografía, el autor se detiene en la propaganda política que empleó el régimen para difundir su labor en el área. En ese sentido, reflexiona cómo se utilizó el afiche, inspirado en el *pop art* y en la tradición andina, como herramienta de divulgación de la labor gubernamental en materia agraria, adaptación artística y política que se denominó como “*pop ahorado*”.

Como es sabido, en la década del sesenta no solo se abordaron debates en torno a la aplicación y alcance de las reformas agrarias en el continente. Más aún, este asunto y su impacto en las históricas demandas del campesinado latinoamericano fue incluido dentro de propuestas políticas de mayor alcance (entre otras, las que tuvieron que ver con el ideario del desarrollismo, esquema pensado y diseñado en el marco de la Alianza para el Progreso). En esa senda, el libro incluye dos artículos que analizan esta orientación ideológica y práctica política a partir de las medidas que se implementaron en esos años en Argentina y Brasil.

En el primero de ellos, Julián Zicari da cuenta de los proyectos desarrollistas que se llevaron a cabo en esos países durante las presidencias de Arturo Frondizi (1958-1962) y de Juscelino Kubitschek (1956-1961). Para eso repasa en forma comparativa las nociones de desarrollo en ambas naciones y cómo estas fueron incorporadas a cada situación histórica en particular, y también cómo atravesaron la Guerra Fría, explicitando el alcance de sus objetivos, conceptos y premisas. En función de ello se detiene en describir algunas de las pujas internas de esos años, al tiempo que estudia las relaciones que mantuvieron con diferentes actores sociopolíticos del momento.

Por su parte, en el artículo de Jonatan Nuñez y Bruno Fornillo el eje de estudio es la cuestión del autoabastecimiento energético bajo el desarrollismo, sobre todo del petróleo. Para ello analizan las contingencias que atravesaron Brasil y Argentina para aumentar su disposición autónoma de ese mineral en el marco del agudo cuadro de tensiones diplomáticas entre esos países y los intereses de Estados Unidos en el seno de la Guerra Fría y en un escenario signado por la Alianza para el Progreso. Con ese telón de fondo, explican los avatares que surgieron al momento de crearse la empresa estatal brasileña Petrobras y los problemas que tuvo la denominada “Batalla del Petróleo” del presidente Frondizi en 1958.

La tutela sobre los gobiernos latinoamericanos ejercida por la diplomacia de Estados Unidos en esas décadas provocó un intenso debate político y académico dentro y fuera de los muros de las altas casas de estudios. Como parte de esas polémicas, se inserta la pesquisa de Julián Kan y Franco Lucietto sobre el pensamiento de dos célebres exponentes de la teoría de la dependencia: Theotônio dos Santos y Ruy Mauro Marini. En ese artículo, los autores explicitan, a partir de los argumentos conceptuales expuestos por estos dos economistas brasileños, los vínculos existentes entre el impulso dado por Washington a la doctrina de seguridad nacional con las políticas domésticas desarrolladas bajo el escenario de la Guerra Fría.

En otro orden de temas, los enfrentamientos entre las grandes potencias no solo se circunscribieron a las tensiones internas que experimentaron los propios gobiernos, sino que también cruzaron a los partidos de izquierda, sobre todo en un continente que era pensado como territorio exclusivo de uno de esos contendientes. A pesar de las campañas anticomunistas, las censuras, las persecuciones y los encarcelamientos a los militantes de esta corriente, el pensamiento y las acciones radicales crecieron en esos años turbulentos. Era claro que algunas *condiciones objetivas* (como la falta de acceso a la tierra, la pobreza y las

dictaduras militares) propiciaron varios de los ingredientes esenciales para que la difusión de las ideas marxistas alcanzase cierto peso.

Más aún, este complejo escenario se encontró pródigamente enriquecido a partir de una sumatoria de acontecimientos que hicieron que los debates dentro de la izquierda lograran una mayor y amplia difusión. De ese modo, tanto los cambios en la reorientación política que se produjeron tras el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética como el cisma que se dio entre este último país y China alimentaron y enriquecieron las polémicas entre las fuerzas de izquierda locales. En forma casi simultánea a esas disputas, las acciones de los barbudos de Sierra Maestra abrieron –con su metodología revolucionaria y con su negativa a respetar una *etapa burguesa* en su praxis– nuevas cuestiones en la agenda radical.

En ese convulsionado y crispado contexto signado por la Revolución cubana y los debates en el seno de la izquierda internacional, se inserta el artículo de Alejandro Schneider. De acuerdo con este investigador, estas polémicas en el marco de la Guerra Fría impactaron en forma desigual en el accionar político de los partidos comunistas en América Latina. A fin de ello, el artículo examina las tácticas que implementaron los miembros de esa corriente en Chile, Guatemala y Uruguay, sobre todo, en función de adoptar, en algunos casos, la vía armada, y en otros, el camino electoral para alcanzar el poder. De ese modo, destaca que la dinámica de su intervención política estuvo mediada tanto por factores domésticos como por los acontecimientos mundiales mencionados.

La situación de la izquierda uruguaya vuelve a retomarse, desde otro punto de vista y con otros objetivos, en el examen que hace Manuel Martínez Ruesta sobre los orígenes del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros. En ese sentido, el artículo sostiene que la experiencia de ese grupo armado, tanto por su independencia material como por su flexibilidad teórica y conceptual con respecto

a Cuba, fue fruto en primera instancia de las aceleradas transformaciones sufridas en Uruguay desde la década del cincuenta antes que de alguna injerencia externa.

Por último, en el marco del crecimiento de la izquierda durante la Guerra Fría, el libro se cierra con el artículo de Pablo Vommaro sobre la emergencia de las juventudes como sujetos políticos y sociales en esas décadas. En esta coyuntura, surgieron diferentes organizaciones y ámbitos de militancia política, cultural y social. Dentro de esos espacios el autor se detiene a examinar el XI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes, que se desarrolló en La Habana en 1978. En ese escenario explora los principales discursos que allí se pronunciaron, sobre todo, en relación con el análisis y las interpretaciones que se hacen acerca de los procesos de politización y radicalización juvenil en esa época.

IV

Presentamos entonces el fruto de la labor de los últimos años del equipo de investigación. Lejos de ser un trabajo que agote la cuestión de la Guerra Fría en América Latina, nuestro aporte busca insertarse en los desarrollos actuales de la historiografía sobre el conflicto, abriendo una serie de preguntas y lecturas sobre la base de problemáticas aún vigentes en esta convulsionada región del globo. La pregunta con la que iniciamos esta introducción empieza a responderse con una certeza: la Guerra Fría proyectó una sombra sobre el continente; una sombra que, sin embargo, no impidió el protagonismo y los originales aportes de los actores de la región.

Bibliografía

- Armony, A. (1999). *La Argentina, los Estados Unidos y la cruzada anticomunista en América Central, 1977-1984*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Gleijeses, P. (2002). *Conflicting Missions: Havana, Washington, and Africa, 1959-1976*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Harmer, T. (2013). "Two, Three, many Revolutions: Cuba and the Prospects for Revolutionary Change in Latin America, 1967-1975". *Journal of Latin American Studies*, 45(1), 61-89.
- Iriye, A. (2013). *Global and Transnational History: The Past, Present and Future*. Londres: Palgrave.
- Longley, K. (1997). *The Sparrow and the Hawk: Costa Rica and the United States during the Rise of José Figueres*. Tuscaloosa: University of Alabama Press.
- Marchesi, A. (2017). "Escribiendo la Guerra Fría latinoamericana: entre el Sur 'local' y el Norte 'global'". *Estudios Históricos*, 30(60), 187-202.
- May, R., Schneider, A. y González, R. (2018). *Caribbean Revolutions. Cold War Armed Movements*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Orwell, G. (2013). *Ensayos*. Barcelona: Debate.
- Pettinà, V. (2018). *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*. México: El Colegio de México.
- Saull, R. (2004). "El lugar del sur global en la conceptualización de la Guerra Fría: desarrollo capitalista, revolución social y conflicto geopolítico". En D. Spenser (Coord.), *Espejos de la Guerra Fría: México, América Central y el Caribe*. México: Miguel Ángel Porrúa.
- Smith, P. (2010). *Estados Unidos y América Latina. Hegemonía y resistencia*. Valencia: Universitat de Valencia.
- Spenser, D. (2004). *Espejos de la Guerra Fría: México, América Central y el Caribe*. México: Miguel Ángel Porrúa.
- Westad, O. (2007). *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of our Times*. Nueva York: Cambridge University Press.